Cuestión de piel

Xavier Diaz Barroso

Capítulo 1

CUESTIÓN DE PIEL

Alberto no se ha dado cuenta de que le falta un trozo de piel. Como cada mañana, abre los ojos a las 7:30 bajo la amenaza del despertador. Siente el frío del suelo al levantarse. Ya en la cocina, oscila entre los mundos de Morfeo y los de la Nespresso durante los pocos segundos que la máquina se toma para preparar el café. Prosigue en su autómata procesión, una ducha rápida le espera. Y, ante el espejo del baño, observa como éste refleja su braquioradial a la perfección. La piel de su antebrazo derecho ha desaparecido por completo.

El miedo ahoga un grito que se desliza por su boca. Retrocede un paso o dos y traslada su mirada del espejo a su brazo. No sufre dolor ni molestia alguna. Pero aprecia claramente la viscosidad de los músculos trabajados durante tantos fines de semana escalando.

Alberto corre hacia su cama. La despoja del nórdico con una agresiva celeridad. Ahí, entre las sábanas, encuentra esparcidos los restos de su epidermis. Ha sido un corte limpio. No observa restos de sangre. Coge un tupper, junta los pedazos y se dirige a un hospital. Baja las escaleras de tres en tres y, en el proceso, piensa que debería haberse vendado el brazo. Pero sus nervios fluyen tan a flor de piel que, para cuando quiere darse cuenta, ya ha detenido un taxi.

El camino no es fácil. Mil hipótesis pasan por su cabeza. Google, desde su móvil, tan sólo trae malas noticias. Y en el fondo de su corazón presiente que hay algo que no sigue su curso natural. Toma una foto de su desgracia y la cuelga en instagram. Cuando llega al hospital, percibe que nadie expresado preocupación o alarma por su estado.

La mujer que lo recibe en urgencias no entiende cuál es su problema. Con desgana, redirige a Alberto a la sala de espera. Al llegar, éste se sienta angustiado. ¿Se le infectará? ¿Le quedará cicatriz? Mientras ese cóctel de incertidumbres atiza sus pensamientos, otro le sobreviene: ¿llama a Marta? Esto es suficientemente importante como para molestarla, pero… hace poco más de una semana que no se dirigen la palabra. Y eso, en Barcelona y en Tombuctú, no augura un buen final.

Dos bolsas de patatas, un Kit-kat y un par de Coca-colas después, la

enfermera le llama. El médico inspira y regala una mirada al techo.

–Eso es perfectamente normal. Anda, tire el contenido del tupper a la basura y tómese un par de valerianas.

–¿Cómo que es perfectamente normal? ¿Me toma usted por imbécil? –Angustia y ansiedad acompañan las palabras de Alberto, que no provocan reacción alguna en su doctor–. Póngame ahora mismo la piel en su sitio. ¡O dígame qué me pasa!

–Lo que le sucede es… nada. Tranquilícese y vuelva a casa. O de lo contrario me veré obligado a llamar a la policía.

Alberto recoge su tupper y muestra su inconformidad con un portazo. Ya en la calle, concentra mirada y pesares en sus bermudas verdes. Le transportan al día en que su camino se cruzó por primera vez con el de Marta. Pero, para variar, ella desaparece de su horizonte al surgir algo de dudosa prioridad. Su gemelo izquierdo también se ha apuntado al destape. Y esta vez no sabe dónde ha perdido ese trozo de piel. La piel, ese frágil mapa de sensaciones y experiencias.

Alberto pierde dos días circulando por todos los hospitales de la ciudad. Después de hallar una única respuesta en cada una de sus peregrinaciones, se da por vencido. Culpa de su desgracia a la sanidad pública, a los políticos, a todo el que se cruza ante su circunstancia.

Es, pues, el momento. Y, al tocar el timbre del ático de su padre, se traga una píldora de orgullo y otra de respeto resguardadas a buen recaudo en la mochila de sus emociones.

–¿Has aceptado ya el trabajo en el bufete de tu primo? –le recrimina su padre con su habitual autoridad.

–Papá, me falta toda la piel de los dos brazos, de la pierna izquierda y de media espalda… ¿y me preguntas por eso? Joder, ¡que parezco un puto walking death!

–Alberto, siempre te detienes en tonterías. Haz el favor de focalizarte en lo importante. En lo demás, no voy a ayudarte.

–Como siempre –dice Alberto alejándose de los escarmientos de su progenitor.

Antes de dejar el piso, dedica una mirada al cielo de su ciudad. Se pregunta sobre la vigencia del enojo de Marta. El silencio de su novia evidencia sus sospechas. No quiere vivir con ella. Eso no es motivo suficiente para dar el paso. Me he dejado la piel por ella y así me lo agradece, piensa mientras observa la ausencia de tejido cutáneo en la

palma de su mano izquierda.

La calle siempre ha sido una fuente de inspiración para Alberto. Caminar, sentir el asfalto, la muchedumbre, el ritmo de la ciudad. Un paseo concentrará sus pensamientos en una solución productiva. Y Jorge acude a sus posibilidades.

Su mejor amigo, licenciado en filosofía y camarero vocacional, tiene respuestas para todo.

–Mi niño, la pregunta es otra: ¿realmente necesitas la piel? –dice sirviéndole una cañita no pedida pero obviamente requerida por Alberto.

–Joder, Jorge, ¿es que el mundo se ha vuelto loco? Necesito la piel para proteger el cuerpo, para evitar infecciones… ¡para ser una persona normal!

–Mira, la piel sirve para sentir y, a ver, hace tanto que no lo haces que se te ha secado. Eso es lo que pienso. Por cierto, se te ha caído parte de la del cuello. Debe de estar debajo del taburete. Y, bueno, bonito esternocleidomastoideo, sí, señor.

La sabiduría de su amigo tampoco le ha servido para nada. O la locura se ha apoderado de su propio punto de vista o se ha saciado con el de sus seres queridos. ¿Qué más hacer? Podría visitar a un taxidermista, a un curandero, cualquier cosa. Pero una certeza interior ratifica sus temores: no va a encontrar respuesta satisfactoria ni eficiente.

Pasea. Sus pies se mueven sin rumbo, anhelando que ella, o cualquiera, lo salve de esa situación. Es un hábito común en su horizonte, vivir esperando, sentir que los objetivos están tan lejos que aún tiene tiempo para conseguirlos. Pero los años pasan y la angustia de Alberto es directamente proporcional a su edad.

Así que vuelve a su pisito de soltero tan premeditadamente desorganizado para ordenar un poco sus ideas. Aunque no hay mucho en lo que pensar. La piel se le cae a tiras y el mundo no ve un problema en ello.

Desnudo, se presenta a sí mismo ante el espejo como un ser despellejado. Observa detenidamente la viscosidad de sus abdominales y de la poca grasa que acumula alrededor de ellas. Y por primera vez se atreve. Se toca sus aireados músculos con la mano. Después de un cierto repelús inicial, sigue sucediendo: no siente nada raro ni especial. Tan sólo la sensación de que jamás ha estado tan en contacto consigo mismo. En este viaje no le acompaña ni su propia sangre.

Y acontece lo inevitable. La piel de la cara empieza a despegarse de su frente. Que su cuerpo parezca un maniquí de músculos de esos que

vigilan todo laboratorio de ciencias infantiles tiene un pase. ¿Pero la cara? Sabe que no tiene remedio. Con el pulgar y el índice de cada mano, presiona la piel suelta de su frente y la estira hasta arrancársela por completo. Ahora es un hombre sin rostro. Con el pellejo facial sobre la pica, observa el orbicular de los ojos, el músculo cuadrado del mentón y todo el entramado de venas y nervios que los recorren. Sigue sin sentir dolor ni efecto alguno. Ya nada será como antes. Aunque, ¿qué más da? La piel es el órgano que llega a más partes del cuerpo. Pero no al corazón.

Una idea ilumina su presente. Alberto coge el pellejo y se dirige a la cocina. Enciende un fogón, pone aceite en una sartén y espera hasta que se calienta. Acto seguido, lanza su cara al aceite hirviendo.

Una vez frito, lo recoge con unas tenazas y lo sitúa en un costado del plato. En el otro, arma una ensalada. Coge un individual, los cubiertos, un refresco y se sienta en la mesa del comedor. Y poco a poco devora ese peliagudo manjar, que ha adquirido un aspecto pancetil.

Se levanta de la mesa sin recoger nada y camina absorto por el pasillo. Siempre había querido ser todo músculo, bromea entre lamentos para sí mismo. A partir de ahora no voy a tener piel. Voy a estar expuesto a todo.

Alberto se mete en la cama con todos los músculos al aire. Da un par de vueltas y, a la tercera, se queda dormido. No sin antes tener un leve revelación. No es nada del otro mundo. No ha descubierto la cura del cáncer ni ha descubierto la fórmula que dotará a la humanidad de energía ilimitada. Pero ya sabe qué hará con Marta, con el trabajo, con su vida.

Esa noche, sus sueños se alzan más allá del inconsciente. Suben por las sendas de la confianza, del optimismo, de los caminos jamás explorados. Ya no quedo espacio para los anhelos. Las vida es hoy y no hay que posponerla por un futuro construido en condicional.

El despertador vuelve a incomodarlo con sus exigencias. El sol ataca su párpados con la certeza de que estos van a ceder. Alberto se levanta y cafetea. Y al servirse una taza, se da cuenta de que un atisbo de piel ha aparecido en su antebrazo.

Corriendo, se dirige al baño y se mira al espejo. Trozos de piel crecen a un ritmo escandaloso por encima de sus expuestos músculos. Pero esta piel parece más fuerte. Es diferente. Más resistente, más flexible. Se presenta al mundo más segura y entera. Alberto no halla lógica alguna en lo que sucede. ¿Ha estado realmente enfermo? ¿Ha perdido el juicio? Al final, eso da igual, pues todos somos unos ignorantes en cuestiones de piel.